

El curanderismo en Zapotlán el Grande: práctica de exportación

Enriqueta Valdez Curiel
Universidad de Guadalajara

El área de Zapotlán el Grande no sólo es la tierra de personajes ilustres, como Juan José Arreola, sino también la cuna de una deidad prehispánica: *Tzapotlatena*, diosa de la salud y precursora del arte de sanar de las curanderas y médicas de la región.

Tzapotlatena es descrita en el Libro Primero, Capítulo ix, de la *Historia General de las cosas de Nueva España* de Fray Bernardino de Sahagún¹, no sólo como sanadora, sino también como la diosa descubridora del *úxítl*, una sustancia extraída de la resina del pino y útil en el tratamiento de múltiples enfermedades. Cita Sahagún que el aceite extraído de la resina:

Primeramente aprovecha contra una manera de bubas², o sarna que nace en la cabeza, que se llama, *quaxocociuiztli*, y también contra otra enfermedad es provechosa asimismo, que nace en la cabeza que es como bubas que se llama *chaquachiciuiztli*; y también para la sarna de la cabeza; aprovecha también contra la ronquera de la garganta; aprovecha también contra las grietas de los pies y de los labios. Es también contra los empeines que nacen en la cara, o en las manos.³

Por la diversidad de sus tratamientos, esta diosa podría ser considerada como una deidad de la medicina general, ya que el resto de las deidades mencionadas por Sahagún⁴ tienden a atender o causar un espectro más limitado de enfermedades.

1. Fray Bernardino de Sahagún. *Historia General de las cosas de Nueva España*. Edición preparada por Angel María Garibay. 10ª ed. México: Porrúa (Col. Sepan Cuántos), 1999. p. 34.
2. La palabra buba, también conocida como *hubón*, proviene del griego *boubon* que significa ingle. La buba era considerada como una manifestación de una enfermedad bien conocida y contagiosa, llamada también "el mal francés o gálico". Se manifestaba como granos o tumores purulentos y voluminosos que salían en la cara y en las ingles, y que provocaban infarto de los ganglios inguinales. Corresponde a manifestaciones características de la sífilis.
3. Algunos de estos padecimientos podrían referirse a lo que hoy conocemos como tiñas, impétigos, psoriasis, y a algunas manifestaciones cutáneas de avitaminosis.
4. Sahagún, *op. cit.*, pp. 34-35.

5. Con la finalidad de no alterar el curso cotidiano de la vida y práctica curativa de doña Victoria, la ubicación exacta de su localidad no será compartida en este documento; sin embargo, la autora cuenta con la autorización de la curandera para compartir, con quien así lo solicite, su dirección.

Habiendo establecido a *Tzapotlatena* como la madre de Tzapotlán, no nos sorprende que este mismo espacio siga albergando prácticas milenarias de la medicina tradicional, como lo es el curanderismo.

Doña Victoria,⁵ quien ocupa las páginas de este documento, es un ejemplo de la presencia y evolución de los numerosos curanderos y curanderas que se pueden encontrar entre Gómez Farías, Zapotlán y Tuxpan, Jalisco.

Doña Victoria es una mujer en sus cincuentas, madre de ocho hijos, que no aprendió a leer ni a escribir. “Que la escuela era para gente huevona”, refiere ella que le decían sus padres; por esto, y por las carencias económicas de su familia, ni ella ni ninguno de sus hermanos recibieron instrucción educativa formal.

A pesar de las limitantes aunadas al analfabetismo, esta curandera, al igual que *Tzapotlatena*, trata una amplia gama de padecimientos, pero a diferencia de la diosa, ella ofrece, entre otros servicios, el localizar personas u objetos perdidos, como las vacas que un señor de Tuxpan le pidió que le ayudara a encontrar, pues se le habían perdido en el cerro. Doña Victoria asiste también a mujeres y hombres en la recuperación de amores perdidos, limpia de envidias, retirada de la mala suerte y muy frecuentemente hace “trabajitos”, como ella los llama, que consisten en curar enfermedades “mal puestas” o hechizos.

El presente trabajo de investigación surgió por la necesidad de identificar y documentar prácticas actuales de curanderismo, pero desde una perspectiva de género y enfocada a las mujeres, ya que históricamente la participación de las mismas en el cuidado de los enfermos ha sido importante, pero no reconocido, en el mismo grado cuando este proceso se profesionaliza, ya sea en la forma de chamán, curandera, partera o médica.

Para ilustrar algunos episodios históricos de esta práctica femenina, remontémonos a la mitología griega. Encontramos ahí, por ejemplo, que alrededor del año 900 a.C., Esculapio y las mujeres de su familia (su

esposa, Epione, y sus hijas Higiene y Panacea) hicieron contribuciones a la medicina que continúan vigentes hasta nuestros días. Aun ahora, el nombre de Esculapio y el de sus hijas está presente en el Juramento Hipocrático que establece el código de honor al que deberán sujetarse quienes se gradúan en las escuelas de medicina. Dicho juramento inicia así:

Juro por Apolo médico, por Esculapio, por Higiene y por Panacea, y por todos los dioses y diosas, tomándolos por mis testigos, que cumpliré de acuerdo con mis capacidades y mi juicio este juramento y convenio.

A pesar de jurarlo, pocos galenos conocen el importante rol de las mujeres en la práctica médica de la antigua cultura griega, de las cuales, Higiene y Panacea son ejemplo.

Higiene era la diosa promotora de la prevención a través de mantener el orden natural de las cosas, digamos que fue algo así como la madre de la salud pública. Panacea, en cambio, representaba la curación o el tratamiento; es decir, le correspondía el aspecto clínico de la enfermedad. Ambas áreas continúan siendo los ejes vertebrales de la medicina moderna y, afortunadamente, son las prácticas de la diosa Higiene las que han prevalecido en la tradición de las "curanderas domésticas", representadas por las madres, esposas y hermanas que por siglos han cuidado de nosotros antes y después de enfermarnos.

Podemos mencionar, de la cosmología griega, a otras importantes diosas de la salud, entre ellas: Perséfone, encargada de curar ojos y encías inflamadas; Genetyllis, a quien se le rezaba si existían problemas de infertilidad; Hecatea, especialista en enfermedades de los infantes; Leto, la cirujana; y Medea y Circe, las especialistas en venenos y sus antídotos, entre algunas de las más destacadas. En esta cultura, las mujeres estaban, además, representadas en los procesos del oráculo. Son ellas las que, como sacerdotisas de Apolo, poseían poderes adivinatorios y servían como

6. J.H. Baas, *History of Medicine*, Vol. 2. Trad. H.E. Anderson. Huntington, Nueva York: R.E. Krieger Co., 1971; Jeanne Achterberg, *Women as Healers*. Boston: Shambhala Publications, 1990, p. 29.
7. Para mayor información leer: K.C. Hurd-Mead, *History of Women in Medicine*. Haddam: Haddam Press, 1938, y T. Bulfinch, *Myths of Greece and Rome*. Nueva York: Penguin, 1979.
8. Puede verse al respecto, C. Spretnak, *Lost Goddesses of Early Greece*. Boston: Beacon Press, 1981.
9. Sahagún, *op. cit.*, p. 555.
10. El *Calmécac* era la casa-escuela para varones de la élite azteca. A los ahí ingresados, se les instruía en el conocimiento de la milicia, la astrología, la historia, el arte, la teología y la medicina, entre otras disciplinas.
11. Sahagún, *op. cit.*, pp. 560-562.

intermediarias entre los dioses y los paganos. Actividades, ambas, que fueron altamente apreciadas en su época.

Algunos investigadores, incluso, promueven la teoría de que fueron las mujeres de la antigua Grecia las responsables del desarrollo inicial de las técnicas quirúrgicas y terapéuticas.⁶ Sin embargo, muchas de estas diosas-curanderas fueron perdiendo su poder y prestigio hasta casi desaparecer.⁷ Ya para los tiempos de Aristóteles e Hipócrates, el papel de la mujer como Diosa de la salud se había visto degradado, y su participación en el arte de curar era mínima, comparada con los tiempos Helénicos.⁸

En la historia del México pre y postcolombino, podemos notar una evolución semejante en el grado, rango, y apreciación de participación de la mujer en el área de la salud. Vemos, por ejemplo, que Sahagún equipara a los médicos con los sabios,⁹ ya que los varones que se dedicaban al ejercicio de la medicina: a diferencia de las médicas, debían egresar del *Calmécac*.¹⁰

Las médicas aztecas, a pesar de su importancia, son descritas por Sahagún bajo el rubro de los “oficios de las mujeres bajas”. He aquí la descripción que hace Sahagún de este oficio:¹¹

La médica es buena conocedora de las propiedades de las yerbas, y raíces, árboles, y piedras, y en conocerlas tiene mucha experiencia, no ignorando muchos secretos de la medicina. La que es buena médica sabe bien curar a los enfermos, y por el beneficio que les hace casi vuélvolos a la vida, haciéndoles mejorar o convalecer con las curas que hace: sabe sangrar, dar la purga, echar medicina y untar el cuerpo, ablandar palpando lo que parece duro en alguna parte del cuerpo, concertar los huesos, sajar y curar bien las llagas y la gota, y el mal de los ojos, y cortar la camaza de ellos.

De acuerdo con la descripción que Sahagún hace de los médicos mexicas, su oficio no difiere del de las médicas; sin embargo, las mujeres carecían de instrucción en el *Calmécac*, aprendían empíricamente, y debían esperar hasta el final de su edad fértil para desempeñarse como médicas. Encuentro aquí una analogía, más actual, entre las parteras y los primeros médicos dedicados a la obstetricia, pues estos últimos

desplazaron a las mujeres, casi en su totalidad, de un oficio que históricamente fue ejercido por ellas.

Por otra parte, cuando contrastamos la imagen de la hechicera y el hechicero mexicana, observamos que mientras el varón es presentado como “agudo y astuto; [que] aprovecha y no daña,”¹² la mujer, en cambio, es descrita como “supersticiosa ... y [que] tiene pacto con el demonio”.¹³

Estos antecedentes, y mi interés por el reconocimiento y rescate de los quehaceres femeninos y las prácticas de salud o curaciones tradicionales, me motivaron a centrar la investigación en las mujeres curanderas, su reconocimiento y su cotidianidad.

Al principio, las referencias que recibí sobre curanderos en la región de Zapotlán fueron eso, referencias de curanderos, es decir hombres. Insistí en que me interesaba localizar curanderas, y fue hasta después de algunas semanas que descubrí que estaba utilizando el término incorrecto. Aquí, en Zapotlán, a las curanderas las conocían como brujas o hechiceras, y lo más políticamente correcto que llegaron a llamarlas fue “adivinas”, y algunas veces: “las que curan”. “Díganme dónde puedo encontrarlas o llévenme a verlas”, pedía yo a mis conocidos y estudiantes. Así fue como llegué a casa de doña Victoria. Le expliqué que me enviaba un conocido de ella y cuál era el motivo de mi visita -escribir un libro sobre las curanderas de esta parte del estado- y ella aceptó que conversáramos. Debo admitir que me sorprendió la facilidad del procedimiento. Yo esperaba que doña Victoria fuera inquisitiva con respecto a mi trabajo y a mi persona, pero no fue así.

En el transcurso de más de un año, me reuní frecuentemente con doña Victoria en su casa, donde conocí a su familia y observé su interacción con ellos y con algunos de sus clientes y pacientes. Fue después de algunos meses cuando me enteré de por qué había confiado en mí y aceptado que la entrevistara. Inició una de nuestras conversaciones preguntándome si me gustaban los gatos; a lo cual yo respondí que sí.

12. *Ibid.*, p. 555.

13. *Ibid.*, p. 562.

Entonces me dijo que yo tenía dos gatitas y me las describió. Habló también de mi casa y de algunos miembros de mi familia. La exactitud de sus descripciones me sorprendió, especialmente porque se refería a personas, mascotas y vivienda que se encuentran alejados de su comunidad y de los cuales yo no había conversado con ella. Cuando le pregunté cómo sabía tanto sobre mí, me contestó que en una "concentración" había ido a visitarme. "¿Acaso usted cree que yo le iba a andar contando tanto a usted de mi vida, sin saber nada de la de usted?", me dijo doña Victoria. Sentí un poco de temor, me sonreí, me regresó la sonrisa, y cambiamos de tema.

En nuestras primeras conversaciones, le pedí que se describiera, que me dijera cómo prefería ser llamada, y que me hablara de su experiencia como curandera, o si debía llamarla de otra forma.

Mediante la observación participante y entrevistas a profundidad, fui conociendo a doña Victoria y adentrándome en la creatividad de su trabajo. Acordamos que la llamaría curandera porque así le gustaba que la llamaran; sin embargo, estaba consciente de que para muchos, en su comunidad, no lo era. Doña Victoria sabía que era mejor conocida como bruja o hechicera, pero ambos adjetivos le parecían injustos pues negaba que su trabajo implicara estas prácticas.

Iniciaré por definir lo que aquí entenderemos como una curandera y si esto corresponde a las actividades realizadas por doña Victoria. La curandera, de acuerdo con los estudios realizados por Clay y Garro¹⁴ en Pichátaro, Michoacán, son personas diestras en el uso y manejo de remedios tradicionales para el tratamiento de enfermedades, y que proveen sus servicios a cambio de una remuneración, generalmente económica. La mayor parte de ellas tiene el antecedente familiar de que el padre o la madre fueron curanderos.

Según estas autoras, las habilidades de muchas de las curanderas crecen o son reconocidas por ellas a través de la necesidad de tratar las enfermedades de los numerosos miembros de su familia. Entre sus

14. J. Clay-Young, Y L. Garro, *Medical Choices in a Mexican Village*. Illinois: Waveland Press, 1981, pp. 108-109.

características principales está el que muchas de ellas argumentarán que curan con la ayuda de Dios -lo cual les da un carácter chamánico. Entre las técnicas de curación que más emplean están las de sobar, tronar huesos, quitar empachos, levantar molleras, quitar sustos, dar tratamientos a base de hierbas y, algunas veces, desempeñarse como quitadoras de hechizos y adivinatoras.

De acuerdo con Achterberg,¹⁵ en las culturas tradicionales, la propensión a convertirse en curanderas es reconocida durante una revelación que tiene lugar generalmente en la adolescencia, y desde ese momento, la futura curandera es una aprendiz que habrá de alcanzar su plenitud durante su vida adulta.

Doña Victoria ha practicado la mayoría de las técnicas mencionadas anteriormente, y también se considera una dotada por Dios para el ejercicio de su trabajo. Por lo anterior, sí es una curandera, aunque con parientes (que mencionaré más adelante) que la hacen peculiar. Con respecto a su experiencia como curandera, ella se presentó de la siguiente manera:

Yo me considero más experta en trabajar en la curación: así como enfermedades, males que les ponen otras personas, algún regreso de alguna persona que está fuera o lejos; puedo traerla. También puedo hacer retiros de alguna persona. Yo sabré de qué manera trabajo, pero tampoco no perjudico a la gente. Muchas personas dicen que usan [para los retiros] la tierra del panteón, que usan la cal negra, que polvo con respiro, y no sé cuantas cosas más. No, pues eso yo no lo hago porque pues no, no va conmigo.

Doña Victoria argumenta no practicar magia negra ni ir contra los designios de Dios porque éste podría castigarla. Ella, sin saberlo, ha heredado el temor que Asklepios, dios de la salud, experimentó cuando fue sacudido por un trueno al intentar volver a la vida a un muerto a cambio de riqueza. Al igual que Asklepios, doña Victoria ha sido tentada varias veces por el dinero para realizar prácticas contrarias a lo que debe ser la curación, pero asegura no haber cedido a ellas. También

15. Achterberg, *op. cit.*, pp. 196-197.

le han pedido que intervenga en desintegrar matrimonios y he aquí lo que ella ha dicho:

Cuando las mujeres me vienen a pedir que sus maridos no las dejen, yo me fijo que si son casadas con ellos, los hombres sí se quedan. Pero si por ejemplo, si viene una mujer y me dice: 'yo le voy a dar tanto, señora, y quiero que me regrese a mi esposo', y yo le digo: 'déjeme ver si yo puedo, y luego le digo'. Y yo ya veo en la noche [durante su concentración] que no es una pareja, que él tiene su esposa y que ésta que me anda pidiendo el trabajito es su segunda, entonces yo ya al otro día le digo: 'mire, no puedo porque usted no es casada'. Y ya me dice: 'no'. 'Él tiene su señora, y yo no puedo separarlo', le digo.

Y sí puedo, pero es que no quiero porque eso es pecado, uno no anda haciendo de esas cosas porque si Dios Nuestro Señor los unió por qué yo voy a separarlos, si yo no soy nadie. Solamente que vivan, que estén juntos y que ninguno de los dos tenga a quien, entonces sí puedo juntarlos, pero si no, no. Sí puedo hacerlo, pero no debo.

Aunque doña Victoria contaba con una línea de herencia familiar del "don" de curar, pues su padre fue curandero, no fue él quien le transmitió sus experiencias. Sus conocimientos los adquirió del "don" con el que ella describe que nació, y de las enseñanzas de una vieja curandera de Sayula. Antes de la muerte de su padre, doña Victoria no sabía que poseía la cualidad de curar, pero a la muerte del mismo, las personas la buscaban para que les hiciera "limpias" y su madre la animó para que las realizara. Sin embargo, fue hasta que su esposo se enfermó, aparentemente de gravedad, que ella reconoció sus habilidades para este oficio. Desde entonces y hasta ahora, la actividad de doña Victoria como curandera ha sido constante.

Los tratamientos a los que recurre doña Victoria son los usualmente reportados en la literatura sobre curanderos y chamanes, tales como el uso y prescripción de hierbas y de productos animales, limpiezas, fetiches, ritos de magia y adivinaciones.¹⁶ Nada fuera de lo usual dentro del curanderismo;¹⁷ sin embargo, su caso cuenta con elementos que le dan peculiaridad al ejercicio de su labor como curandera:

16. Mircea Eliade. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. México: FCE, 1992. pp. 260-262.

17. S. Kakar. *Chamanes, místicos y doctores*. México: FCE, 1993, pp. 27-69.

su vínculo con los “norteños”, como ella llama a los emigrantes mexicanos radicados en los Estados Unidos.

De las curanderas que entrevisté, doña Victoria es la única que ha vivido en los Estados Unidos. Ella emigró sola (ya estando casada y con hijos) a ese país para trabajar cuidando a los niños de una pareja de su comunidad. Describe que, viviendo en California, dedicaba parte de su día a ser cuidadora de niños y la otra parte a ser curandera. Allá comenzó por curar a conocidos de su pueblo que radicaban en la misma ciudad donde ella estaba. Sin embargo, su fama se fue extendiendo a paisanos que vivían en otros estados y su número de consultas aumentó.

Por varios años viajó como “indocumentada” a California, hasta que la enfermedad de una de sus hijas la hizo suspender sus viajes. Fue entonces que los mexicanos que ya la conocían en los Estados Unidos, la empezaron a buscar en su pueblo de residencia. Al principio la consultaban cuando venían a México, aproximadamente una o dos veces al año. Pero una o dos consultas no les eran suficientes, por lo tanto, comenzaron a escribirle, pero el correo no era seguro y tardaban mucho tiempo en recibir una respuesta. Recordemos que doña Victoria no sabe leer ni escribir.

Ante esta situación, le recomendaron instalar un teléfono, y así doña Victoria estableció un sistema rápido y eficaz de comunicación entre ella y sus clientes/pacientes del otro lado de la frontera norte. El pago de este servicio se acordó hacerlo de la siguiente manera: una vez hecha la consulta, doña Victoria establece el costo de la misma, o les pide que la llamen de nuevo, pues necesita tiempo para determinar cuánto trabajo le requerirá la curación o “trabajito”, y de ello dependerá el costo. Establecido el precio, los “norteños” le envían un giro postal en forma de *money order*, y ella inicia o indica el tratamiento.

La mayoría de los que me buscan [refiere doña Victoria] sí son de fuera; de Los Ángeles, de San Francisco, de Santa Cruz, de Sacramento; California, y pues de allá, de muchas

partes [Chicago, Washington y la Florida]. De donde quiera vienen, o me llaman. Unos vienen porque se sienten mal en sus trabajos, que porque, a veces, su dinero no les rinde, que algún dolor, que algún malestar que ellos sienten de tiempos, y que ellos acuden con los médicos, y que van y que les sacan radiografías, les hacen análisis, y pues que todo negativo: entonces, ellos ya piensan que tienen otra cosa y pues vienen conmigo. Los recomiendan las personas, y yo los empiezo a curar y sanan.

En el año 2001 vivían en los Estados Unidos 23 millones de personas que tenían algún vínculo consanguíneo en México; de ellos, más de 8 millones eran mexicanos, y se estima que para la mitad de este siglo los mexicanos radicados en los Estados Unidos constituirán una cuarta parte de la población de ese país.¹⁸ Ante las cifras anteriores, y considerando el antecedente de doña Victoria y los cientos de páginas electrónicas anunciando servicios de curanderismo en los Estados Unidos, se podría augurar que la consulta de curanderas, yerberos y otros exponentes de la medicina tradicional está lejos de desaparecer en los Estados Unidos. Por el contrario, el aumento de la población mexicana y centroamericana en ese país, los altos costos de los servicios de salud, el escaso acceso a los mismos por parte de la población de migrantes (especialmente los indocumentados), y el arraigo de costumbres muy fomentadas en el medio rural, demanda cada día más la existencia de alternativas de tratamiento que respondan a sus necesidades económicas y culturales.

Sobre la población que emigra a los Estados Unidos, doña Victoria nos dice:

Yo encuentro que hay muchas envidias en los trabajos donde trabajan los nortños, muchas personas que, a veces, no los pueden ver por motivo que, a veces, agarran trabajos más bien pagados, o que no los pueden sacar tan fácilmente porque tienen ya un trabajo; por decirlo, seguro, que no tan fácilmente se los quitan. Entonces, ahí hay una envidia entre las demás personas porque unos trabajan todo el tiempo y no les brindan su trabajo seguro, y no les tienen confianza, y

18. *Milenio*, Guadalajara, 3 de Diciembre de 2001.

allí es dónde empiezan mal. Se les hace, a ellos, que empiecen a fallar, que no vayan al trabajo, y que se salgan de trabajar para quitarles el puesto que tienen. Entonces yo ya les empiezo a ayudar, y ya les digo quién es la persona que les está haciendo el mal, cómo es, qué es lo que les hace, y ellos creen porque ellos están viendo que sí es cierto lo que yo les estoy diciendo, y pos mucho de esto se los digo por teléfono.

En todo este proceso de tratamientos y retiros se sabe que la sugestión y la fe juegan un papel importante.¹⁹ Ambos factores están presentes en la población que busca los servicios de un/a curandero/a. En el mayor número de los casos, la sugestión depende de la personalidad y el ambiente que el/la curandero/a creó en su contacto directo con la persona enferma. Así tenemos, por ejemplo, el estereotipo del curandero con traje extravagante (preferentemente un atuendo indígena), rodeado de un ambiente oscuro, o alumbrado por la luz de unas velas que ilumina una figura religiosa en un nicho parecido a un altar de muertos; el humo de inciensos alejadores de los malos espíritus; las imágenes de santos y vírgenes en las paredes, y botellas llenas de alcohol con hierbas; y por supuesto, no pueden faltar los huevos y ruda para las limpias.²⁰ Este ambiente forma parte de la práctica sugestiva de muchos de los curanderos y chamanes tradicionales. Sin embargo, doña Victoria y su ambiente no corresponden a esta descripción. Ella viste como cualquier señora de un barrio popular de Guadalajara; usa pantalón, a veces calza tenis y su delantal está siempre presente protegiendo su vestido de cualquier contingencia que pudiera ocurrirle mientras combina sus actividades de ama de casa con el arte de curar. ¿El ambiente? Una sala -que funciona también como recámara-, fotografías de sus hijos en las paredes, un tocador, y una ventana que brinda abundante luz.

¿Es esta descripción de doña Victoria y de su espacio de trabajo promotor de sugestión y fe? No lo parece; sin embargo, “norteños” y locales responden a lo que doña Victoria día a día improvisa, crea y reinventa en teorías y tratamientos para ayudarlos a

19. A. Castiglioni. *Encantamiento y magia*. México: FCE, 1993, pp. 318-320.

20. Eliade, *op. cit.*, pp. 130-151.

recuperar el equilibrio entre las dicotomías del bien y el mal, el pecado y el castigo, el descuido y la consecuencia. Esta mujer ha aprendido y ejercitado procedimientos ancestrales que atacan de raíz la causa de padecimientos poco explorados, y por ello quizá inexplicables por la medicina moderna, pero coherentes bajo la lógica mágico-religiosa de la cultura de un pueblo que se niega a dejar de creer en estas prácticas prehispánicas tan arraigadas.

El curanderismo practicado por doña Victoria es parte del proceso que va del estado de salud al de enfermedad, y de éste al de recuperación o muerte. Además, ella, en contraste con el/la médico/a moderno/a, de ningún modo rehuye verse involucrada en la situación emocional del padecimiento; por el contrario, busca quedar incluida en él. En el curanderismo, la neutralidad afectiva de la medicina moderna carece de sentido. Será por ello que la consulta a doña Victoria ocurre en un espacio tan íntimo como la habitación de su casa, o la casa del enfermo.

En el transcurso de mis contactos con doña Victoria, ella narró sus porqués de curandera, su vida como tal y su transcurrir diario como hija, esposa, madre y emigrante.²¹ Fue tema recurrente la ausencia de educación formal en su vida, pero también la prueba de lo que su inteligencia, habilidad y creatividad han logrado hacer por ella. Doña Victoria ha sanado a su familia, ha “levantado su casa” y ha logrado abrirse un espacio en la cultura moderna. Ella está ahí, vigente y sin más estrategia mercadotécnica que los resultados de su trabajo, el costo de sus curaciones y su disponibilidad para ayudar.

Lo anterior nos invita a reflexionar sobre el contraste entre las funciones que desempeña el proveedor de salud moderno y el tradicional, de ambos lados de la frontera México-Estados Unidos, e ilustra las distintas formas en que la sociedad moderna y la tradicional conciben el fenómeno de la salud-enfermedad.

21. Para leer mayores detalles sobre la vida de doña Victoria, el/la lector/a puede consultar el libro de Enriqueta Valdez Curiel. *Las Curanderas de Zapotlán el Grande, Jalisco*. Guadalajara, Universidad de Guadalajara, 2001.

Como hierbera, curandera, bruja o adivinadora, doña Victoria ayuda a sus pacientes a escapar de la enfermedad y de los dolores de la pobreza. A cambio, ellos -los pacientes- encuentran aceptable el mito consolador y la esperanzadora fórmula mágica que les ayuda a sobrevivir la “mala suerte” por la que están pasando o en la que siempre han vivido.

Doña Victoria está ahí, presente, en la marginalidad de un sistema oficial de salud que pretende ignorarla, pero al cual, de nuevo y a su manera, ella ha sabido no sólo integrarse, sino hasta cruzar la frontera y servir a sus compatriotas de ambos lados de la misma. Doña Victoria se atrevió a rebasar los límites de la “curandera doméstica” y a hacer de la tarea de prevenir, diagnosticar y proveer tratamiento, una forma de vida que le ha permitido ir más allá de las barreras geográficas y culturales, como ninguna curandera de su comunidad antes se atrevió.

Si como escribiera Jeanne Achterberg,²² “el estatus de la mujer es usualmente un barómetro del grado de civilización de una cultura”, concluiríamos que, como habitantes de este país, queda aún mucho por hacer dentro de la valorización del trabajo de la mujer en todos sus ámbitos. Este documento invita a la reflexión y a actuar en consecuencia.

22. *Op. cit.*, p. 18.